

reunen al presente muchos discípulos de las universidades inglesas. Fácil es suponer que si se hallaban estos estudios tan postergados en las escuelas principales, no los cultivarían mucho tampoco las personas ilustradas, y que si en tiempos anteriores la poesía y la elocuencia griega hicieron las delicias de Falkland y de Raleigh, y en época posterior las de Fox, Windham, Pitt y Grenville, durante la última parte del siglo xvii apenas hubo en todo el país hombre de Estado de alguna importancia que pudiera esparcir su ánimo leyendo á Sófocles ó á Platón.

En cambio, como aun conservaba mucho crédito la lengua latina, y en gran parte de Europa viajeros y diplomáticos habían menester de ella imprescindiblemente, hablarla bien era entonces cosa más usual que ahora, y por tanto, ni Oxford ni Cambridge carecían de poetas capaces de hacer en ciertas solemnidades de la monarquía imitaciones felicísimas de los versos que Ovidio y Virgilio consagraron á enaltecer y celebrar la majestad de Augusto.

XLVII.

INFLUENCIA DE LA LITERATURA INGLESA
DE AQUEL TIEMPO.

Sin embargo, comenzaba ya por aquel tiempo á decaer la lengua del Lacio, con hallarse tan extendida y acreditada en Inglaterra, cediendo á la francesa, su joven rival; debido sin duda esto al formidable desarrollo que iban adquiriendo todos los ramos del saber y de los conocimientos humanos entre los súbditos de Luis XIV. En efecto, hallábase la Francia

entonces en el apogeo de la superioridad y la grandeza, siendo incomparable su gloria militar, pues había vencido temibles coaliciones, impuesto la paz, sometido ciudades populosas y provincias dilatadas, humillado á los Príncipes italianos y recabado de los españoles la precedencia. Pero si en este orden de cosas era su rango tan principal, en todo aquello que caía debajo de la jurisdicción de la elegancia y el buen gusto ejercía omnímodo imperio; como que sus decretos se acataban y cumplían sumisamente por todas las personas cultas y bien nacidas, lo propio en materias de duelo que de *menuet*, de corte de chalecos que de casacas, de tamaño, forma y rizado de pelucas que de altura de tacones ó de anchura de cintas y lazadas. Tampoco cedía la dictadura literaria ciertamente á la militar, política y modista en cuyo ejercicio se hallaban los Franceses, porque la fama de sus grandes poetas y prosistas llenaba la Europa. ¿Qué nación, si no, podía entonces oponer á Racine, Molière, la Fontaine ó Bossuet rivales dignos en sus géneros respectivos? Ninguna desde que se inició la decadencia de Italia y España, y desaparecieron sus ingenios tan famosos, sin que aun hubieran despuntado en Alemania verdaderos fulgores literarios. Y el brillo de la Francia era tanto mayor, cuanto que sus claros varones lucían en medio de la oscuridad relativa que los rodeaba, ejerciendo por todas estas causas imperio más absoluto sobre la especie humana que logró alcanzarlo en sus mejores días la República de Roma; pues si, mientras Roma predominaba políticamente, no pasaba de ser en literatura humildísima discípula de Aténas, la Francia reunía, respecto de las naciones vecinas, al ascendiente que Roma tuvo sobre la Grecia el que la Grecia tuvo sobre Roma. Y como la lengua francesa iba tornándose con rapidez en len-

gua de las clases más elevadas de la sociedad y de la diplomacia, y había cortes en las cuales Príncipes y magnates la empleaban con mejor acierto que no la suya propia, sucedió que, aun cuando los Ingleses no fueran tan serviles imitadores de la moda, tal vez por ser instintivo en ellos resistir las novedades del continente y amar con exceso la originalidad en todo, rindieron también tributo á la supremacía literaria de sus vecinos, por más que parecieran hacerlo mal de su grado y que lo hicieran en realidad torpe y toscamente. Cayó con esto en desuso el dulce y melodioso toscano, tan familiar á los palaciegos y damas de la corte de Isabel, y mientras los caballeros que citaban á Horacio ó á Terencio en la buena sociedad eran reputados de pedantes é indigestos eruditos, salpicar la conversación de palabras y frases francesas constituía la mejor probanza de talento y aptitud literaria y filosófica (1). Bien será decir, no obstante, que por efecto acaso de las nuevas reglas de crítica y de los nuevos modelos impuestos por la moda, desapareció de la poesía inglesa la fingida ingenuidad que tan mal efecto hacía en los versos de Donne, y de la cual no se vió del todo libre Cowley tampoco, tornándose la prosa clara y fácil, más ocasionada que antes á la controversia y á la narración, y menos majestuosa, grave, artísticamente ligada, sonora y agradable que la de tiempos anteriores; siendo esta influencia de los preceptos franceses tan decisiva entre los poetas y prosistas de Inglaterra, que hasta sus grandes maestros en el arte difícil de bien decir hacían alarde sin-

(1) Dice Butler en una sátira penetrada de grande amargura: «Porque, aun cuando salpicar la conversación de palabras griegas y latinas sea toda la retórica de los pedantes, hablar el francés es cosa meritoria.»

gularísimo de palabras propias de la lengua de sus vecinos, y desdeñaban para expresar las mismas ideas otras nacionales y tan expresivas y melodiosas por lo menos (1). Entonces importaron de Francia los literatos ingleses la tragedia en verso rimado; planta exótica que no logró alcanzar desarrollo alguno en la nueva tierra y que tardó poco en marchitarse y morir.

XLVIII.

INMORALIDAD DE LA LITERATURA DE AQUEL TIEMPO.

Mejor habria sido que los escritores ingleses hubieran igualmente imitado el decoro que observaban, con muy contadas excepciones, sus grandes contemporáneos franceses; porque la licencia de las comedias, sátiras, poesías y novelas de aquel tiempo constituye una mancha indeleble y vergonzosa en la literatura británica. Pero no es difícil remontarse á los orígenes del mal. Porque como los ingenios literarios y los puritanos nunca estuvieron acordes, ni hubo jamás corrientes de simpatía entre unos y otros, y

(1) El ejemplo más ridículo que recuerde se halla en un poema de Dryden, quien no podía ciertamente alegar la falta de recursos para justificar el uso de palabras de otro idioma, pues dice así tratando de la coronación de Carlos II:

«Hither in summer evenings you repair
To taste the *fraicheur* of the cooler air.»

esto es: «Allí donde os apartáis las tardes de verano para gozar del *fresco* (*fraicheur*) del aire más *fresco* (*cooler*).»

apreciaron siempre la vida humana de diverso modo, aquello que constituía la felicidad de los unos hacía el tormento de los otros, y mientras los juegos más inocentes de la imaginación se antojaban crímenes á los rigoristas, la solemnidad de los piadosos hermanos en Jesucristo suministraba en cambio abundantísimo asunto de burlas á los caracteres ligeros.

Desde la Reforma hasta la guerra civil casi todos los escritores dotados de algún espíritu burlesco aprovecharon cuantas ocasiones se les ofrecieron de atacar á los santos de pelo liso, gangosos y llorones que tomaban los nombres de bautismo de sus hijos del libro de Nehemías y que reputaban por impiedad notoria comer *plum porridge* el día de Navidad. Pero llegó al fin un día en que los burlones se tornaron serios, porque los toscos y rígidos devotos, después de haber servido de tema á la chacota de dos generaciones, se levantaron en armas, pelearon bizarramente, alcanzaron una tras otra señaladas victorias, empuñaron las riendas del gobierno y hollaron bajo su planta la muchedumbre de los satíricos, devolviendo entonces, con la implacable, serena y adusta malicia propia de los mogigatos místicos que toman su odio por virtud, centuplicados los golpes que recibieron en otro tiempo de la gente alegre; y para mejor conseguir su propósito, cerraron los teatros, azotaron á los cómicos, pusieron la prensa bajo la vigilancia de austeros censores, ahuyentaron las musas de Cambridge y de Oxford, sus asilos favoritos, y privaron de sus oficios universitarios á Cowley, Crashaw y Cleveland, quedando reducido el joven candidato á los honores académicos, á no escribir epístolas á la manera de Ovidio ni pastorales al estilo de Virgilio, sino á ser interrogado severamente por un sínodo de tétricos supralapsarios acerca del día y de la hora en que sin-

tió verificarse dentro de sí mismo su segundo nacimiento. Este sistema fué por necesidad muy fértil en hipocresías de todo género, y así aconteció que, bajo las apariencias de grande ascetismo religioso, de trajes, modales, costumbres y palabras de modestia y compostura extraordinarias, se ocultaron durante largos años invencibles deseos de libertinaje y de venganza. Mas cuando la Restauración emancipó las almas del yugo que se les hacía insoportable y, por ende, quedaron satisfechos los deseos, volvió á comenzar la guerra de otro tiempo con nuevos bríos y animosidad y encono incontrastables; pudiendo decirse que no fué de burlas como la primera, sino sangrienta y mortal; que los *motilones* no podían prometerse más compasión de aquellos á quienes persiguieron de la que deba esperar el negrero de los esclavos que se levantan contra él cuando todavía llevan en las espaldas las huellas sangrientas de su látigo.

Tornóse con esto la guerra entre la literatura y el puritanismo, en guerra entre la literatura y la moral, y excitándose la hostilidad con grotescas caricaturas de la virtud, no perdonó ni aun á la virtud misma; siendo, por tanto, insultado y escarnecido cuanto respetaron los beatos *motilones*, y alabado cuanto proscibieron; y porque mostraron escrúpulos pueriles, todo escrúpulo se antojó ridículo; y porque cubrieron sus flaquezas y debilidades con el manto de la devoción, hasta de los vicios más escandalosos se hizo cínico alarde; y porque castigaron de una manera inexorable y bárbara el amor ilícito, la pureza de la mujer y la felicidad conyugal dieron pretexto á burlas soeces y chanzas indignas; y porque los puritanos empleaban hipócrita jerga en sus pláticas, otra no menos absurda y más repugnante la reemplazó en boca de los contrarios, y fué que, como aquellos ha-

cían los mayores esfuerzos por hablar el lenguaje de las Escrituras sagradas, ellos lo hicieron á su vez para proferir obscenidades, blasfemias y maldiciones á cada momento.

No debe, pues, parecer extraño que al despuntar de nuevo nuestra literatura con la restauración del antiguo régimen político y religioso, se ofreciese á la vista de todos llena de inmoralidad. Ciertamente es que algunos hombres eminentes que pertenecían á otra época mejor, se hallaban exentos y libres del contagio; que los versos de Waller se inspiraban en las nobles aspiraciones que animaron á una generación más cabaleresca; que Cowley, tan distinguido poeta como acendrado realista, elevó animosamente su voz contra la inmoralidad que deshonoraba juntamente la literatura y la monarquía; que un poeta de más poderosa inspiración que los anteriores, martirizado al propio tiempo de los sufrimientos, la pobreza, el peligro, el desprecio de las gentes y la ceguera, meditaba, sin dejarse turbar del obsceno tumulto que hacía la muchedumbre á su alrededor, un canto de tanta hermosura y santidad como hubiera podido brotar de los labios mismos de las etéreas virtudes que vió con los ojos del espíritu arrojar sobre las baldosas de mármol sus coronas de oro y de amaranto; y que el vigoroso y fértil ingenio de Butler, si no libró completamente de la plaga, adoleció apenas de sus efectos. Pero como estos hombres se habían educado en el seno de una sociedad que ya no existía, tardaron poco en ceder el puesto á la nueva generación de autores, cuyos rasgos característicos, desde Dryden hasta Duffey, fueron la licencia, la inmoralidad, el cinismo y la fanfarronería, y todo ello sin apariencias siquiera de elegancia ni asomos de buenos sentimientos. Mas con ser muy nocivo el influjo que llegaron

á ejercer estos autores en las costumbres de la época, no lo fué tanto como pudo haberlo sido á presentar más veladas las muestras de su depravación: que sirvieron la pócima tan torpe y groseramente, que muy luego rechazó con asco el público la copa. Ni tampoco debía suceder de otra suerte, pues ninguno de aquellos escritores conocía el arte de asociar las imágenes del placer ilícito con los sentimientos elevados y nobles, ni sabía que hasta la misma voluptuosidad ha menester para serlo de cierto decoro; que los ropajes pueden agradar más que la desnudez, y que más fuertemente se imprésiona y excita la imaginación por medio de tonos y de veladuras que la saquen fuera de sí, haciéndola vagar, que merced á groseras descripciones de realismo brutal que la dejen pasiva.

Invadió, pues, la reacción antipuritana la literatura del reinado de Carlos II casi totalmente; mas no es en ella tanto como en el drama cómico donde hallamos la quinta esencia de su espíritu. Porque los teatros que cerraron los fanáticos en la época de su poder, se vieron poblados de inmensa muchedumbre al abrirse de nuevo, atrayendo al público, no sólo el ansia de satisfacer el comprimido deseo, sino es también las novedades y seducciones tan eficaces que se añadieron á las antiguas, y entre las cuales merecen mención especialísima el aparato escénico, los trajes y decoraciones, que si en nuestros días podrían parecer mezquinos y ridículos, se antojarían por todo extremo brillantes á los hombres que iban los primeros años del siglo xvii á tomar asiento en los sucios y desvencijados bancos del teatro de la Esperanza, ó bajo el techo de bálago del teatro de la Rosa. Y como á la fascinación del arte se unió la del bello sexo, recibió la juventud con emoción desconocida de los contemporáneos de Shakspeare y de Johnson las lá-

grimas ó las sonrisas de las sensibles ó picarescas heroínas del drama, representadas por mujeres insinuantes y hermosas, tornándose los teatros, por esta y otras causas, en escuela de vicios, de donde huyeron las personas honestas y honradas. El mal se propagó por sí mismo, adquiriendo proporciones extraordinarias, y la licencia llegó á ser por extremo escandalosa; pero como los espectadores, pervertidos y frívolos, que frecuentaban el teatro, exigían nuevos y más fuertes y violentos estimulantes cada temporada, y los artistas procuraban complacerlos en todo, éstos corrompían á aquéllos, y aquéllos á éstos, acabando entre todos por hacer una obra de tanta fealdad y malicia que pudo causar asombro y horror entre quienes no aciertan á explicarse que la extrema licencia es efecto natural de la represión excesiva, y que á las épocas de hipocresía suceden, por consecuencia lógica, épocas de impudencia.

Ningún detalle caracteriza tanto aquella época de inmoralidad como el empeño que mostraban los poetas en hacer decir á las actrices los versos más licenciosos; y como la parte de la comedia en la cual se tomaba el autor más libertades era el epílogo, y éste lo recitaba siempre la dama, nada era más eficaz á deleitar al auditorio sino el oír versos torpes y groseros en boca de una joven cuya inocencia pudiera suponerse (1).

Cierto es que los Ingleses de aquel tiempo asimilaban á su teatro caracteres y fábulas dramáticas de Castilla, de Francia y hasta de sus propios antiguos maestros; pero no lo es menos que los dramáticos de la Gran Bretaña manchaban entonces todo lo que to-

(1) Jeremías Collier condenó esta costumbre con su fuerza y penetración habituales.

caban, y que al imitar en sus obras las de Calderón, transformaron las moradas de los nobles y altivos españoles en asiento de vicios, y la *Viola* de Shakspeare en zurcidora de voluntades, y el *Misántropo* de Moliere en raptor, y su *Agnés* en adúltera; pues no había nada puro, heroico ni noble que no se tornara sucio y pestilente al pasar por el tamiz de sus inmundos ingenios.

Tal era el estado del drama, y con ser así, el género literario era el que más pingües ganancias producía; como que la venta de libros alcanzaba proporciones tan exiguas, que aun los autores principales no podían prometerse, de la mejor de sus obras, sino lo preciso para no morir de hambre. Buen ejemplo de lo que decimos es lo sucedido con las fábulas de Dryden. Este libro, último de los que produjo su ingenio, pareció precisamente cuando Dryden gozaba de la plenitud de su fama y lo reconocían todos los ingleses por el primero de los poetas nacionales contemporáneos; contiene unos doce mil versos admirables, y así la narración como las descripciones rebosan de vida, siendo aún delicia de críticos y escolares algunas de sus leyendas, tales como la de *Palamón y Arcite*, la de *Cimón é Ifigenia*, la de *Teodoro y Honoria* y la *Fiesta de Alejandro*, la cual es, sin duda, la oda mejor de cuantas se han escrito en lengua inglesa. Sin embargo de esto, sólo recibió el autor por derechos 250 libras esterlinas, precio que ha solido pagarse algunas veces, en nuestros días, por dos artículos de Revista (1), y que, con ser tan exiguo, no puede reputarse perjudicial para Dryden y provechoso para el editor, en razón á que la obra tardó largos años en

(1) El contrato se halla íntegro en la edición de Dryden dirigida por sir Walter Scott.

agotarse, y sólo después que pasaron diez de la muerte del poeta hubo necesidad de reimprimirla.

En cambio, era fácil ganar mucho con menos trabajo, escribiendo para el teatro; como que una sola comedia en un acto produjo á Southern setecientas libras (1); que el *Don Carlos* sacó de pobre á Otway, y aun le dió cierta opulencia temporera (2), y que Shadwell cobró ciento treinta libras por una sola representación de *El Caballero de Alsacia* (3) (*The Squire of Alsacia*); razón por la cual cuantos vivían de su pluma consagraban y aplicaban el ingenio al arte dramático, tuvieran ó no vocación para cultivarlo. Así aconteció á Dryden, quien, si logró colocarse al nivel de Juvenal como poeta satírico, y como didáctico hubiera podido, en fuerza de trabajo y estudio, rivalizar tal vez con Lucrecio, y que si no el más sublime, fué sin duda el más brillante y conmovedor de los líricos, se obstinó en cultivar el género dramático, empleando en ello inútilmente la fuerza de sus mejores años, sin curarse de que la naturaleza, tan pródiga con él en tantos dones, le negaba por completo esa facultad. Tenía, empero, sobrado buen juicio para no advertir que le faltaba el poder necesario á dar animación y vida por medio del diálogo á los caracteres; y para mejor disimular esta insuficiencia de su ingenio, salpicaba sus obras de incidentes inesperados y chistosos, de versos tiernísimos y penetrados de dulce armonía, de parlamentos magníficos y hasta de obscenidades sazonadas al gusto del auditorio licencioso y descreído. Mas, aun cuando nunca pudo alcanzar un triunfo escénico parecido á los de

(1) Véase la *Vida de Southern*, por Shiels.

(2) Véase á Rochester en su *Trial of the Poets*.

(3) *Some Account of the English Stage*.

ciertos hombres inferiores á él en talento, y se daba por satisfecho ganando cien guineas con una comedia, las obras dramáticas le producían mayores rendimientos, con ser tan escasos como queda dicho. que las literarias en que hubiera empleado igual cantidad de tiempo y de trabajo (1).

Y como la remuneración que los literatos obtenían por sus obras era tan mezquina, se veían casi todos ellos en la necesidad de aumentar sus ingresos imponiendo contribuciones á los grandes, cuyos palacios se hallaban por esta causa, y más siendo de los ricos y generosos, infestados de autores tan importunos, pedigüeños y abyectos, que se antojarían inverosímiles en la época presente. A la sazón, quien dedicaba un libro á persona de calidad, lo hacía con la esperanza de recibir en recompensa cierta suma de dinero; siendo lo más frecuente que la dádiva del Mecenas fuese más considerable que la paga del manuscrito por el impresor, y que los libros se dieran á luz por la única razón de haberse dedicado á magnates; tráfico de adulaciones que produjo al fin sus naturales efectos, pues elevada la lisonja con esto hasta los límites de lo absurdo, y á veces de la impiedad, ya no se calificó de vergonzosa para el poeta, de quien las gentes no exigían independencia, veracidad ni decoro, quedando, por tanto, reducido en realidad á ocupar en la escala moral un puesto intermedio entre los rufianes y los mendigos.

Y como si esto no fuese bastante, á fines del reinado de Carlos II se aumentaron los defectos y vicios que deshonoraban á los hombres de letras con la intemperancia más grosera del ingenio. Los cuales, movidos del odio que sentían hacia el puritanismo, se afiliaron

(1) *Vida de Southern*, por Shiels.

al partido de la Corte, prestándole muchos y buenos servicios, y Dryden más que otros, pues como su *Absalón y Architafel*, la sátira modelo de los tiempos modernos, después de haber sido admiración de la capital, se hizo popular con extraordinaria rapidez hasta en los distritos rurales situados á mayor distancia de Londres, con ella causó estrago terrible á los exclusionistas y reanimó el espíritu de los *tories*. Pero no porque sea imposible sustraernos á la natural admiración que causan en el ánimo la belleza de la frase y del metro, hemos de prescindir ó de olvidar la gran distancia que separa el bien del mal, y teniendo esto en cuenta débese de llamar diabólico al espíritu que animaba entonces á Dryden y á otros varios de sus colegas contra los *whigs*, en razón á que los jueces y *sherifs* de días tan aciagos, á pesar de su ciego y vergonzoso servilismo, eran impotentes á producir el mal con tanta prontitud como pedían los poetas, que no cesaban de clamar uno y otro día por nuevas víctimas, haciendo burlas sangrientas y repugnantes con la horca, profiriendo acerbas amenazas contra cuantos, después de haber apoyado al Rey en la hora del peligro, le suplicaban que fuera clemente y misericordioso con los enemigos vencidos en la hora del triunfo, y todo esto públicamente, desde las tablas del teatro, y para que no faltase nada á tanta infamia, recitado por mujeres que, después de haber aprendido á deponer el pudor, enseñaban á deponer la compasión (1).

(1) Si alguno de mis lectores halla sobrado duras estas palabras; lea el *Epitafio del Duque de Guisa*, de Dryden, y advierta que lo recitaba una mujer.

XLIX.

ESTADO DE LA CIENCIA EN INGLATERRA.

Parece singular que, mientras la literatura ligera de Inglaterra se convertía en peste y vergüenza nacionales, realizaba el ingenio británico, en el terreno de la ciencia, una revolución que, hasta el fin de los tiempos, habrá de clasificarse, sin duda, entre las más grandes victorias del humano espíritu. Porque si Bacon había esparcido buena semilla en tierra perezosa y fuera de sazón, y no abrigó la esperanza de llenar las trojes con su cosecha, puesto que legó solemnemente su fama al siglo venidero en su postrera voluntad, en el trascurso de una generación echó raíces su filosofía y maduró de una manera lenta en algunas claras inteligencias, á pesar de los tumultos, de las guerras y de las proscripciones, aconteciendo que mientras luchaban unos contra otros los bandos políticos al fin de arrebatarse las riendas del poder, un pequeño grupo de sabios, que permaneció indiferente y apartado de la lucha, se consagró á la más noble tarea de abrir nuevos horizontes al poder del hombre sobre la materia, siendo el resultado de su obra que, cuando se restableció la tranquilidad, luego al punto tuvieron estos educadores del humano ingenio asiduo y estudioso auditorio; que la disciplina por la cual había pasado la nación dispuso y preparó el espíritu público á recibir la doctrina baconiana, estimulando las turbulencias civiles las facultades de las clases letradas, é imprimiéndoles actividad afa-